



# COMPASIÓN

## LA COMPASIÓN EN LAS FRONTERAS GEOGRÁFICAS Y EXISTENCIALES

*Hna. María de los Dolores Palencia Gómez, hsjl<sup>1</sup>*

***"Gracias a tu compasión viviré, pues tu ley es mi alegría"*<sup>2</sup>**

### Resumen

La autora comparte su impactante testimonio de vida desde su experiencia como Cuidadora, y expone sus convicciones nacidas de la relectura de los hechos que han marcado su vida familiar y religiosa: ¿Cómo aprendí y aprendo diariamente la compasión?, La compasión que cambia mi vida, El llamado a la Compasión y ¿qué implica la conversión cotidiana? Invita a reconocer en el otro el rostro de Jesús y la vida de Jesús, que implica morir, resucitar, anonadarse y situarse con las víctimas.

**Palabras clave:** testimonio, compasión, comunidades eclesiales de base, misericordia, cuidado.

La invitación de la CLAR a compartir un testimonio de vida desde la experiencia de Cuidadoras y desde la Compasión, me llevó a releer mi vida en esa clave de Compasión. De esta relectura nacieron unos puntos y algunas convicciones que les comparto:

- ¿Cómo aprendí y aprendo diariamente la compasión?
- La compasión que cambia mi vida.
- El llamado a la Compasión que implica conversión cotidiana.

En la medida en que tomé tiempo para esta relectura y traté de poner por escrito lo que en el corazón resonaba, —tengo que decirles que soy

<sup>1</sup> Religiosa mexicana de la Congregación de Hermanas de San José. Desde 2010 está al frente del Albergue Decanal Guadalupano, para migrantes en paso, ubicado en Tierra Blanca, Veracruz, aunque por servicios internos en su congregación, de 2014 al 2018 estuvo fuera del albergue, pero de nuevo volvió a ese servicio en 2019. Ha desempeñado importantes servicios en su congregación religiosa, fue vicepresidenta de la (CLAR) entre 2006 y 2009, y participó como delegada de la Vida Consagrada en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en Aparecida (2007). Delegada del Sínodo que acompaña a los migrantes en México, y en la reciente sesión sinodal el papa Francisco la incluyó en el grupo de Presidentes Delegados, a quienes se confía la misión de presidir la asamblea sinodal "en nombre y por autoridad del Sumo Pontífice" cuando él no esté presente.

<sup>2</sup> Salmo 119,77.

mucho más de cultura oral que escrita— como siempre me sucede, fueron modificándose los puntos anteriores y fue apareciendo un sentimiento inmenso de gratitud que no es fácil de escribir y poner en palabras, que son y serán siempre limitadas para expresar el amor del Señor compasivo y misericordioso.

### **1. ¿Cómo aprendí y aprendo diariamente la Compasión?**

Sin duda el primer aprendizaje fue en el seno de la familia, mis papás vivían una espiritualidad profunda, centrada en el Evangelio y muy aterrizada en la vida cotidiana. Los pobres y las personas necesitadas, en cualquier sentido, estaban siempre presentes en la oración y en acciones concretas de ayuda; teníamos hasta una frase común en mi familia cuando había desperdicio o descuido: *“¡no puedes robarle a los pobres!”*.

Recuerdo cómo marcó mi infancia lo que mi mamá organizaba y llamaba las Comidas de los Pobres. Se trataba de enviarnos a todos los hijos a buscar gente muy necesitada conocida o no. Podía ser como ella decía muy respetuosamente, el señor zapatero, el señor que recoge la basura, la señora que vende en la esquina, o el señor que pide limosna a la entrada de la iglesia, salir a buscarlos e invitarlos a venir a comer en nuestra casa. Una comida que se organizaba para ellos y ellas especialmente y que debía ser servida por nosotros, los hijos/hijas, amigos, primos. Esperábamos con gozo la preparación de esos días de servicio y atención a otras personas y eran momentos de convivencia y de conocernos mutuamente con empatía y sencillez. De esa experiencia nacía una amistad diferente, en alguna ocasión el ir a sus casas y conocer cómo vivían, o conocer a otros miembros de sus familias. Cuando murió mi papá en el año 1965, recibimos durante bastante tiempo cartas de personas que no conocíamos y que habían estado recibiendo de mi papá acompañamiento y apoyo solidario, donativos: misioneros, familias, parientes lejanos, amistades. Nunca supo la mano izquierda lo que hacía la derecha, él no nos hablaba de todo eso que hacía discretamente, aunque como familia no teníamos un presupuesto muy amplio, porque éramos varios. Así en familia aprendí a cuidar los recursos que eran para todos, a pensar en las necesidades de otras personas cercanas o lejanas, a sentir con otros desde su realidad y compartir respetando su dignidad humana.

Siendo joven, por la espiritualidad ignaciana y los EE, empecé a conocer y a colaborar con los pueblos originarios de una región del Valle del Mezquital, en Hidalgo, México, los “nañus” conocidos como otomíes. Cada mes pasábamos en esos pueblos uno o dos días, visité sus casitas a veces de pencas de maguey y barro, sentí en mí la tierra cementera que blanqueaba sus rostros, me quejé por la falta de agua y de comida, colaboré a preparar las “dietas”, que la doctora recetaba con leche en

polvo, pero que tenía que prepararse con pulque porque no había otra cosa y los niños y adultos terminaban borrachos, aunque con más vitaminas.

Varias experiencias con trabajadores hacinados en barrios de miseria tocaron mi corazón joven y mis entrañas; el dolor de la humanidad entraba y se quedaba en el corazón y en el pensamiento, sin dejarme en paz. En esos tiempos sin duda mi experiencia de compasión y misericordia era: llevar cosas, dar, resolver el momento y tomar distancia, muchas veces quedaba con el corazón partido por la impotencia, con un sentimiento de fracaso, un vacío al querer solucionar rápidamente una necesidad, pero no poder con la causa del problema. El dolor y el sufrimiento de otra persona tenía la fuerza de tocar no solamente mi razón o mi pensamiento, tocaba mis entrañas, sacudía mi estilo de vida. Creo que empezaba a "padecer con" = compadecer.

La espiritualidad trinitaria de nuestro carisma que es comunión, con una serie de textos fundantes que invitan al anonadamiento, a salir del yo, para permitir la acción de Dios en mí, y para abrirme al tú y a la Misión, sobre todo desde los más pobres, marcó mi formación religiosa, vivida después del Concilio y sobre todo después de Medellín. Esto nos llevó como Congregación y como Provincia a la inserción en medio de los pobres. Con ellos y desde ellos aprendí también la compasión.

Sin embargo, cuando se es joven, fuerte, con deseos de cambiar el mundo, con un sentido cristiano de igualdad y de fe, inconscientemente, en mi experiencia, me parece que buscaba más la eficacia, los resultados exitosos, mostrar las capacidades propias. No era mala voluntad o presunción, pero actuaba como si todo dependiera de mí, como si el origen de la compasión estuviera únicamente en mí y en mis posibilidades y capacidades, sin referencia a la fuente. Una frase de un sacerdote me cambió la perspectiva cuando dijo: *"En el servicio apostólico muchas veces se presenta la tentación de elegir entre dos opciones posibles de servicio, uno que presenta más posibilidades de eficacia, otro que tiene más la huella del seguimiento de Jesús, las dos pueden parecer buenas, pero al discernir, es importante reconocer y optar por aquella que nos conforma más en el seguimiento de Jesús y en su misterio pascual".*<sup>3</sup>

Una convicción: *Compasión = Padecer con: solamente reconociendo la fuente de la compasión en Dios y su modo de proceder conmigo, puedo cada día aprender a padecer con los que sufren, sentir con la persona desde su realidad, desde su situación, no desde mis soluciones, por más bondadosas que sean y desaprender mis proyectos y mis maneras de*

<sup>3</sup> Comentario del P. Enrique Gutiérrez Martín del Campo SJ (+) en una charla sobre discernimiento apostólico 1979.

*proceder, para mirar con la persona y desde su dignidad, no desde la eficacia de mi participación.*

## **2. La Compasión cambia mi vida**

*"El Señor es clemente y compasivo, paciente y lleno de amor".*<sup>4</sup> Hubo un momento importante de mi vida, en el que tuve la gracia de tocar fondo y reconocer muy claramente mi fragilidad, mi pecado, mi barro que se quiebra en las manos del Alfarero<sup>5</sup> y experimentar de manera muy clara, sensible en mi cuerpo y en mi espíritu, la gratuidad del amor de Dios, su compasión por mí, su misericordia ilimitada, —el Alfarero que rehace el cacharro de nuevo—<sup>6</sup> a partir de ese momento la compasión hacia los demás tomó otra dimensión. La contemplación y la relectura del paso compasivo de Dios en mi vida me llevan a otra manera de vivir la compasión hacia los demás, desear amar y sentir con la otra persona, como Dios lo hizo conmigo, y desde su dolor, y tratar de ser para esa persona una presencia del amor de Dios, y a la manera de Él.

Reconocer cómo a mí Dios me ha mostrado su amor y cómo padece conmigo, me motiva a pedir esa gracia a cada momento: Desear actuar con el corazón de Dios y pedir diariamente a Jesús, sus sentimientos, su mirada, sus entrañas de misericordia para poder seguirlo y ser en medio de los demás un reflejo de su corazón amoroso. La experiencia de la gratuidad del amor de Dios conmigo, más allá de mi pecado y mi miseria, se repite continuamente y me hace más sensible, no desde mi razón, sino desde el corazón de Jesús, y esto es una batalla diaria, porque la tendencia a la autoconservación y a la autodefensa frente al sufrimiento es muy fuerte, y los dolores de las personas en situación de vulnerabilidad son más profundos, dejan huellas en el cuerpo y en el espíritu (convivir con personas migrantes secuestradas liberadas).

Desde mi experiencia, cada vez creo más que el camino de la Compasión y de la Misericordia tiene que ser a la manera de Jesús, que dialoga con el que sufre, que siente en su corazón la humillación, el abuso, la impotencia, la fragilidad, y no desde mi manera, desde mis fortalezas, desde una posición privilegiada de quien puede dar, sino desde quien desea hacerse pobre, con el pobre, sufriente con el que sufre, desde la debilidad, para caminar juntos, sosteniéndonos mutuamente, recibiendo también desde ellos y ellas el regalo de su resiliencia, de su sueño, de su alegría y esperanza.

<sup>4</sup> Salmo 103,8.

<sup>5</sup> Jeremías 18,1-6.

<sup>6</sup> Ibid.

Hace muchos años en Francia, durante un retiro, encontré una imagen en la que Jesús envía a sus discípulas y discípulos diciendo: *"Sean en el mundo, el corazón de Dios".*<sup>7</sup> *De allí nace la convicción: Dios prepara nuestro corazón y nuestra vida, para que reconozcamos su amor compasivo y gratuito, y lo aprendamos cada día desde su corazón. Si lo pedimos y deseamos con sinceridad, profundamente y si es Él quien vive en nosotros, es Él quien actúa a través de nosotros. "Ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí" dice San Pablo.*<sup>8</sup> *Jesús mismo nos enseña los caminos y las formas de Compasión y Misericordia en la vida cotidiana.*

Les comparto un recuerdo que vino al corazón y a la mente cuando estaba en Roma, mientras oraba este compartir para la CLAR. Un campesino tabasqueño, un hombre sencillo, Jesús Rivera, que en los años 75,s 80,s formaba parte, junto con su esposa, del equipo de la Parroquia que impulsaba las Comunidades Eclesiales de Base, nos contaba con tristeza y dolor la situación de uno de sus hijos que de nuevo y por x número de veces se encontraba otra vez preso y en problemas por la bebida. Nosotras las religiosas y los sacerdotes del equipo, escuchábamos y tratábamos de convencerlo de que su hijo ya no era un chiquillo y que lo dejara a su suerte, porque a cada detención el que se afligía y gastaba mucho era él, el papá. Después de todos nuestros argumentos que escuchó con paciencia, nos dijo con los ojos llenos de lágrimas, pero: *"¿Cómo?, ¿no fueron ustedes los que me hablaron del hijo pródigo y del padre misericordioso?, yo siento en mis entrañas como ese padre, cada vez que le sucede algo a uno de mis hijos..."* ¡Nos dejó sin palabras! Nosotros anunciábamos el Evangelio y luego tratábamos de convencerlo que no lo viviera. Probablemente habría mucho que dialogar y discutir sobre este tipo de situaciones, que vivimos en los servicios pastorales, sin embargo, la palabra y el actuar de Jesús, pueden nublarse por nuestras reacciones racionales y nuestra lógica. Nunca he olvidado esa lección de coherencia y de ternura del querido Chua, que Dios tenga en su Reino.

Como la historia de Chua, hay otras muchas que he vivido y me invitan a compartir otra convicción: *son los pobres, los sencillos, los excluidos, quienes me han enseñado la compasión y la misericordia, ellos me han mostrado cómo vivirla, me han recordado el actuar de Jesús. A veces, sin leer y escribir, graban en su corazón el Evangelio y lo hacen vida cotidiana. Desde el pueblo y con el pueblo, desde su testimonio de vida y contemplando a Jesús en el Evangelio, ellos van confrontando mi vida, rompen mis esquemas y abren mi corazón a la gratuidad, cuando mi razón intenta cerrarlo en el camino cotidiano.*

<sup>7</sup> La Chanal, Miribel, Francia, Proyecto de Paz, Casa de los Hermanos del Sagrado Corazón.

<sup>8</sup> Gal 2,20.

### 3. La compasión en las periferias existenciales

En este tiempo Dios me ha regalado el estar en un Albergue para personas migrantes. En este servicio el llamado a la Compasión, a padecer con, a sentir desde su realidad, es muy fuerte y conlleva muchas exigencias. Quienes de ustedes tienen la experiencia de acompañar a las personas en las periferias, probablemente estarán de acuerdo con que hay momentos en que es muy difícil el equilibrio entre atenderlos, brindarles la hospitalidad, la ayuda humanitaria necesaria respetando su dignidad humana, sus diversidades culturales, sus expresiones propias de hablar y de reaccionar y al mismo tiempo respetar protocolos de seguridad, espacios de descanso de los voluntarios, mantener nuestro autocuidado, tener compasión con nosotros mismos mirándome y mirándonos con ternura y aceptación, etc.

En el Albergue, el ejercicio de aprender y desaprender es diario. Diariamente necesito escuchar y escuchar con el corazón abierto, que muchas veces tiene miedo al dolor que va a recibir al acoger las historias del camino, de las causas de su migración, del sufrimiento y de la esperanza que en cada persona es diferente. Escuchar con mi cultura, con mis oídos mexicanos y de cierta edad, que a veces se derrumban con sus expresiones culturales, con su cansancio y hastío por tanto maltrato en el camino, con su explicable resentimiento, y con su esperanza ingenua. Cuántas veces hay que respirar hondo, frente a sus lágrimas y su pena, para comprender sus expresiones sin palabras ante la humillación sufrida; cuántas veces tenemos que tragar saliva frente a heridas, golpes, relatos de violación y todo lo vivido, su desestructuración por la manera como tienen que desplazarse, esconderse, sobrevivir y su miedo, desconfianza.

La tensión entre la bienvenida, la ternura, la firmeza, la contención; el deseo sincero de ayudarles con amor, compasión y partiendo de sus necesidades y la necesidad de una organización firme, mínima, para poder estar allí todos los días del año, varias horas cada día. Y cuántas, cuántas veces, en medio de la atención me viene a la mente y al corazón la pregunta, ¿Realmente es compasión, es misericordia, es seguimiento de Jesús? O más bien ¿Es eficacia, organización, es decidir nosotros y no ellos?

Cuántas veces me dejo entrapar por reflexiones de aparente sentido común, o de lógica humana, que me impiden escuchar el movimiento del Espíritu, en el corazón y en las entrañas, ese Espíritu que me impulsa a romper los esquemas y a actuar con gratuidad y con compasión como Jesús ante el ciego: *¿Qué quieres que haga por ti?*<sup>9</sup>

<sup>9</sup> Lc 18,35-43.

*"Tengan pues los sentimientos que corresponden a quienes están unidos en Cristo Jesús"*<sup>10</sup> dice Pablo a los Filipenses, y este texto se une a Mateo 25 y a las Bienaventuranzas (Mt 5). Ese es el camino de Jesús, que recibe al leproso o al ciego con una pregunta que toma en cuenta la dignidad de la persona: ¿Qué quieres? ¿Qué necesitas? Esta frase se repite tanto cada día. Pero ¿con qué corazón y con qué tono la expreso a cada persona? Es una petición que repito continuamente y que me interpela. ¿Qué significa en mi aquí y en mi ahora cotidiano tener tus sentimientos Señor?: ¿mirar con tu mirada, escuchar con tus oídos, hablar con tu palabra, recibir con tu ternura, llorar como tu lloraste por Jerusalén? O ¿mirar con tristeza al quien se aleja desanimado, o reír y gozar con la alegría y el gozo de los demás?

Convicción: *La Compasión implica un camino de conversión, es el camino del seguimiento, el que implica morir y resucitar, en el que es necesario anonadarse, situarse con las víctimas, reconocer en los crucificados de la tierra el rostro y la vida de Jesús. Es cada día contemplar y orar, pedir el corazón del Padre, aprender las formas y las maneras del Hijo-Jesús, y confiar que la Ruah guíe nuestro discernimiento y nuestro actuar. Revisar con honestidad lo vivido cada día y reconocer el pecado personal, la fragilidad, y recordar la compasión de Dios en mi propia vida, para volver a empezar.*

Quiero terminar este compartir con un canto de Cecilia Rivero, RSCJ, que me encanta y alimenta muchas veces mi oración cotidiana:

*"Dame, Señor, tu mirada grábala en el corazón  
Dame, Señor, tu mirada y entrañas de compasión,  
haz de mis manos ternura  
Y mi vientre madura, aquí estoy Señor,  
Ponme Señor la mirada junto al otro corazón, de manos atadas,  
de oculta mirada que guarda y calla el dolor,  
Siembra Señor tu mirada y brote una nueva canción  
De manos abiertas, de voz descubierta sin límite en nuestro interior."*<sup>11</sup>

<sup>10</sup> Fil, 2,5.

<sup>11</sup> Rivero Borrel, Cecilia, rscj, Dame Señor tu mirada, cd Espacio Interior.